

PORFIRIO BARBA JACOB:



EL CRONISTA EN

El combate de la Ciudadela narrado por un extranjero y algo sobre el poeta

◆ RICARDO CUÉLLAR VALENCIA

La editorial mexicana Cariátide y Ediciones del Lirio colocaron para su circulación el libro *La decena roja. El combate de la Ciudadela narrado por un extranjero*, de Porfirio Barba Jacob, con prólogo de Sebastián Pineda Buitrago.

El escritor colombiano ha sido reconocido, finalmente, como un gran poeta hispanoamericano.¹ Su obra en prosa apenas hace poco ha empezado a divulgarse de manera amplia, aunque solo se conoce en el medio *Escritos mexicanos*, textos recopilados por Eduardo García Aguilar, editados en Fondo de Cultura Económica.² Otras crónicas se conocen parcialmente en Guatemala y El Salvador. Los comentarios a la prosa del poeta no han pasado de referencias parciales, cargadas sobre todo a destacar aspectos ideológicos y no literarios ni estéticos. Pretendemos, en este texto, apenas anotar algunas ideas con la intención de desarrollarlas en otra ocasión, pues no intentamos nada más que comentar la reciente publicación de *El combate de la Ciudadela narrado por un extranjero*.

1 Primero fue denostado por escritores como Lezama Lima, que en su novela barroca *Paraiso* (1968) dice que Barba Jacob “era un homosexual propagandista de su odio a la mujer”. Lo cual es falso. P.B.J. amó a la mujer, varios poemas lo indican. Era bisexual. No le agrada a Lezama la idea de “pulir mi obra y cultivar mis vicios”. Y agrega: “siempre me ha parecido anacrónico”. Así el moralista cubano. Y Octavio Paz repite lo de anacrónico en su epílogo a *Laurel*. Desde esa postura otros tantos denuestan al poeta.

2 Porfirio Barba Jacob, *Escritos mexicanos*, investigación, selección y prólogo de Eduardo García Aguilar, Ciudad de México, FCE, 2009. Curioso que García Aguilar no quiera al poeta y a medias al periodista y haga este libro.

La primera y única edición de *El combate de la Ciudadela...* apareció en la Ciudad de México en marzo de 1913, firmada por el licenciado Emigdio S. Paniagua. Es otro de los seudónimos a los que recurrió Barba Jacob para disfrazar³ sus escritos, en este caso por razones políticas. El prologuista, Pineda Buitrago, sostiene que el folleto “constituye uno de los documentos narrativos más vitales –vivididos– en torno al derrocamiento del gobierno de Francisco I. Madero”. A partir de planteamientos del más acabado biógrafo del poeta, Fernando Vallejo, desarrolla sus argumentos para esclarecer que el autor del escrito es Porfirio Barba Jacob, sobre todo por la semejanza entre este y otro texto conocido, especialmente en Centroamérica, *El terremoto de San Salvador, narración de un sobreviviente*, ocurrido el 7 de junio de 1917. Leídos los dos textos no cabe duda de que el estilo de las crónicas tiene un mismo autor: Porfirio Barba Jacob.

Pineda Buitrago, especialista en la obra de Alfonso Reyes, nos ofrece detalles importantes de la relación de los dos escritores y con el padre del escritor mexicano. Si bien es cierto que Barba Jacob expresó sus simpatías por la causa del general Reyes, Pineda Buitrago precisa que ello se debió a que estaba “en contra de la improvisación del joven presidente Madero y en contra de la intromisión política de Estados Unidos. Sin ir más lejos, el colombiano ya había sido encarcelado en la penitenciaría del estado de Nuevo León hacia principios de 1910, por atacar a los enemigos del general Bernardo Reyes”. También indica otro aspecto que debe tenerse en cuenta: “Las cartas que desde esta prisión Barba Jacob le escribió a su amigo Alfonso Reyes gozan de hondura humana asombrosa”. Y comenta algo decisivo, “El colombiano le aconsejaba al joven erudito mexicano hacer oídos sordos contra los traidores políticos de su padre: ‘hacernos cada día más comprensivos por el estudio. Ser comprensivos es ser creador, de una manera muy digna’”. Y luego se pregunta: “Este

consejo del poeta, el del afán de comprensión por el estudio, ¿no llevó a Alfonso Reyes a convertirse en el maravilloso polígrafo que fue?”. Sabemos que el padre, el general Reyes, siendo gobernador del Estado de Nuevo León, le confió al poeta colombiano instruir a su hijo, Alfonso, en asuntos de cultura. Otra consideración destacable que hace Pineda Buitrago es la siguiente: “Reyes nunca contó cómo vivió la muerte de su padre en la Decena Trágica. La crónica del periodista-poeta colombiano, *El combate de la Ciudadela...* a veces se me antoja que podría ser el relato de lo que Reyes vivió en carne propia”. Y sustenta su sospecha concretamente en un argumento preciso: “Como el protagonista, Reyes tenía una novia, Manuela Mota. Esquivó balazos y esquirlas y retenes militares, que impedían el acceso al Zócalo, tal como lo narra Barba Jacob en su crónica”. No dudo que el amigo le pidiera al periodista trazar esa crónica novelada para evitar que su pluma se inflamara, al mismo tiempo que evitar todo tipo de consecuencias.

De aquella prisión indicada, Barba Jacob salió el 6 de enero de 1911, después de casi cinco meses de reclusión. La realidad socio-política mexicana era un desorden absoluto. El movimiento antirreeleccionista de Madero, sabemos, contó con el apoyo armado de Estados Unidos para poner en situación al presidente Porfirio Díaz. Tras haberse suscrito el tratado de Paz de Ciudad Juárez, el 21 de mayo de 1911, se fue don Porfirio a vivir a París “sin un rasguño”, quedando México sumergido en la anarquía. Y comenta Pineda Buitrago:

Indignado al salir de la cárcel, pues, Barba Jacob engrosó las filas del periodismo combativo, participó en la redacción, el 11 de noviembre de 1911, del Plan de Bernardo Reyes o Plan de La Soledad, en el que el general se proclamaba como candidato presidencial, tras haber vuelto del “destierro”, de dos años en Europa, al que lo había sometido Díaz. El general Reyes quería recobrar el orden. Perseguido por las tropas del presidente Madero, él y sus correligionarios redactaron –seguramente de la mano del joven periodista colombiano– un plan...

3 Pineda Buitrago indica que el recurso de los seudónimos del poeta se deben a que “Descreído o desdeñoso de la vanidad de los derechos de autor, cambia de nombres y de países como se cambiara de camisa”. Es cierto, pero también por asuntos políticos y por su ondeante personalidad, como lo señala Valencia Goelkel.

El Plan fue un rotundo fracaso, como lo ha testificado la historiografía. En la biografía de Francisco I. Madero de Juan Sánchez Azcona,⁴ amigo de Madero, se lee:

... el general Reyes, liberado de su prisión de Santiago Tlatelolco, y Félix Díaz de la penitenciaría, se habían acercado en son de rebeldía, pretendiendo que el Palacio Nacional les fuese entregado; pero preparado ya el general Villar, desarmó y aprehendió al emisario, que había sido el general y diputado Gregorio Ruiz y cuando personalmente se presentó el general Bernardo Reyes, rodeado de un grupo de amigos, el general Villar había mandado a hacer fuego, matándolo.

El poeta regresó a la Ciudad de México a principios de 1912. Instalado allí inició sus colaboraciones en *El Imparcial*. Sostiene Pineda Buitrago que las colaboraciones del periodista fueron artículos sobre leyendas urbanas de la antigua Tenochtitlán “que explotaban el morbo de la gente. Sus artículos duplicaron las ventas del diario.”

El diario fue comprado por Madero “con el erario público” y de inmediato la censura encontró “perjudiciales” los escritos de Barba Jacob. Para evitar que lo encarcelaran o le aplicaran el 33, dejó, por un tiempo, el periodismo.

No vamos a discutir sobre los escritos de aquellos años del periodista colombiano. Es tarea larga, en tanto que apenas se conoce parte y muy parcial de lo escrito en México por el entonces Ricardo Arenales. Pese a que algo conocemos de lo escrito y publicado en Guatemala y el Salvador.

Por otra parte, con este comentario pretendemos anotar algunas ideas que hacen posible entender

el origen del trabajo periodístico de Porfirio Barba Jacob para tratar de esclarecer su intensa y decidida escritura en los periódicos de principios del siglo xx en México, particularmente.

Los escritores a fines del siglo xix que desearon trabajar como periodistas, para vivir, se la vieron con enormes dificultades dado que debían vender su pluma en lo que Ángel Rama llamó el “mercado de la escritura”. Los principales compradores eran los políticos, quienes solicitaban discursos, proclamas, leyes; y los otros, los directores de los periódicos, empresarios que sin pudor eliminaban, en muchos casos, los nombres de los colaboradores, ha anotado Rama.⁵ Las quejas eran permanentes. La lucha era por diferencias entre el repórter y el cronista. A ello se refirieron, por ejemplo, Julián del Casal, Rubén Darío, Gutiérrez Nájera, José Martí...

El asunto era el estilo de informar. Fue, finalmente, en el periodismo donde aprendieron a manejar la prosa, de suerte que, según Darío, la crónica es el “laboratorio de ensayo del *estilo*”. El periodismo fue un verdadero espacio de aprendizaje para los modernistas y sobre todo para cambiar la escritura. Con precisión lo señaló Martí:

Sólo que aumentan las verdades con los días, y es fuerza que se abra paso esta verdad acerca del estilo: el escritor ha de pintar, como el pintor. No hay razón para que el uno use de diversos colores, y no el otro. Con las zonas se cambia de atmósfera, y con los asuntos de lenguaje. Que la sencillez sea la condición recomendable, no quiere decir que se excluya del traje un elegante adorno... no hay por qué invalidar vocablos útiles, ni por qué sajar en la faena de dar palabras nuevas a ideas nuevas.⁶

LOS ESCRITORES A FINES DEL SIGLO XIX QUE DESEARON TRABAJAR COMO PERIODISTAS, PARA VIVIR, SE LA VIERON CON ENORMES DIFICULTADES DADO QUE DEBÍAN VENDER SU PLUMA EN LO QUE ÁNGEL RAMA LLAMÓ EL “MERCADO DE LA ESCRITURA”.

4 *Tres revolucionarios, tres testimonios*, Tomo I, Madero, Juan Sánchez Azcona; Villa, Ramón Puente, Prólogo de Octavio Paz, Editorial Offset, 1986, pp. 84, 85.

5 Citado en *La invención de la crónica*, de Susana Rotker, FCE / Fundación para el Nuevo Periodismo Iberoamericano, México, 2005, p. 106.

6 *Op. cit.*, p. 110.

“LOS PROCEDIMIENTOS COMO LA POETIZACIÓN DE LO REAL FORMAN PARTE DE LA ‘LITERALIDAD’ Y DE LA CONDICIÓN DE PROSA POÉTICA DE LAS CRÓNICAS MODERNISTAS”

FOR SALE

Estoy en el río →

Susana Rotker destaca algo importante en el capítulo XI de su estudio *La invención de la crónica*, titulado “La creación de otro espacio de escritura”, al subrayar: “Los procedimientos como la poetización de lo real forman parte de la ‘literalidad’ y de la condición de prosa poética de las crónicas modernistas”. Se trata por lo tanto de un nuevo género literario y, como ella sostiene, en el que recurren a un “método de conceptualización de la realidad, de composición y de orientación externa e interna, que en este caso oscila entre el discurso literario y el periodístico conformando un espacio propio”.⁷

Porfirio Barba Jacob, digo Ricardo Arenales o mejor Miguel Ángel Osorio, nace y crece entre los modernistas, desde su trincheras mexicana. Todos han bebido con fecundidad del romanticismo, el parnasianismo y el simbolismo, de la tradición neoclásica, de los Siglos de Oro y del Renacimiento y, obvio, del clasicismo. Este punto es clave estudiarlo con amplitud.

No olvidamos que las crónicas modernistas están en estrecha relación con las formas y materias de la poesía

⁷ Op. cit., p. 173.

modernista: plasticidad y expresión impresionista y de una inocultable presencia de la naturaleza.

En la crónica de *El combate de la Ciudadela...* el escritor combina con destreza y fluidez varias formas de escritura. Lo autobiográfico en dos sentidos: en uno, el viaje de la capital mexicana a Veracruz, y el encuentro con el “amigo locuaz” y el regreso del narrador; dos, la relación amorosa con Amparo, a quien ve sólo una vez y, en medio de los combates el observador-periodista, a cada momento invoca y evoca, para marcar los signos románticos de la crónica.

El narrador que está creando una ficción para obtener la necesaria verosimilitud le indica constantemente al lector, para que no dude de su objetividad, que se apoya en:

el incesante escuchar comentarios, discusiones, profecías y glosas de la situación política y del grave problema que acaba de plantearse[...] Y así, oyendo aquí, viendo más allá, discutiendo en un corrillo, preguntando por teléfono a varios amigos, y aun leyendo uno que otro boletín logré reconstruir con alguna fidelidad y con no pocos detalles los sucesos...

Para convencer al lector de su objetividad en otra parte indica: “Voy, pues, a referir lo que pasó en los días subsiguientes, según propias observaciones e informes propios”. Y dado que fue un cultor de azar real y efectivo, afirma: “Vagando al azar por diversos sitios, mi compañero y yo...” A su vez da crédito a revistas y diarios que ha consultado. Cita fragmentos de periódicos y revistas. Se cita a sí mismo, recurso propio de los modernistas. Cita una carta de la ficcional Amparo a su amado narrador.

Recurre el narrador a diálogos con personajes ficticios en un tren o una cantina. Dice que visita una casa. Hace referencia a momentos históricos. Realiza descripciones precisas de las edificaciones y geografía urbana de la Ciudadela. Y cuando desea el narrador hablar de la amada novia (aquella que enmascara la novia de Alfonso Reyes, según Sebastián Pineda Buitrago) la describe con ferviente encantamiento, al mismo tiempo que el paisaje, ciertos paisajes, surgen de la mano del novelista y poeta que lo poseen. De suerte que el escritor es atrapado por el narrador en los momentos más íntimos, propios de la sagrada subjetividad. Por su parte el periodista surge en el relato exterior, en los acontecimientos políticos y sobre todo en los preparativos y actos militares.⁸

Porfirio Barba Jacob fue un poeta que en vida por su propia iniciativa no publicó un solo libro de poesía, a no ser los tres que por iniciativa de amigos se hicieron en Guatemala, México y Colombia con el fin de recoger algún dinero para ayudarlo en sus afujías. Tampoco acopió sus crónicas y ensayos. Perdió o no terminó manuscritos de varias novelas, hoy desaparecidas. El poeta corregía incansablemente. Fernando Vallejo ha rescatado de periódicos y revistas más de cien.

Antes de la magnífica biografía de Fernando Vallejo, *El Mensajero, una biografía de Porfirio Barba Jacob* (1991), se conocen dos trabajos significativos: *La vida profunda, edición especial de la poesía de Porfirio Barba Jacob, en el trigésimo primer aniversario del deceso del maestro (enero 12 [i. e. 14], 1973)* y *nonagésimo de su nacimiento (julio 29, 1973), primera completa y primera ceñida a los textos auténticos*, dirigida por Alfonso Duque

⁸ Esa técnica la empleará, años después, Gabriel García Márquez en “Noticia de un secuestro”, adelantándose Barba Jacob a su paisano.

Maya y Eutimio Prada Fonseca, con minucioso estudio de las ediciones circulantes hasta hoy –todas espurias, piráticas, incompletas– y con ensayos y conceptos, al pie de los poemas, de 218 escritores de 19 nacionalidades. Editorial Andes-Bogotá, 1973; y *Porfirio Barba Jacob, poeta del tiempo y del retorno* (1984) de Nazario Silva Silva.

Fernando Vallejo en *Barba Jacob, Poemas*,⁹ recopilados y anotados por él, amplía y mejora con creces la presencia poética de Barba Jacob. Destaco algunas anotaciones.

De la publicación del extenso poema “La tristeza del camino” (nunca incluido en los libros conocidos), publicado en 1907 en *La Quincena* de San Salvador, su director Vicente Acosta, lo recibe gracias al envío de Leopoldo de la Rosa, el cual publica con un extenso juicio crítico, “quien, cuenta Vallejo, saludaba como una revelación al nuevo poeta y alababa su imaginación y sensibilidad, su temperamento artístico y fuerza expresiva, si bien acusando en él la influencia del lugonismo imperante y de Guillermo Valencia”. El poema fue elogiado por varios editores, sin dejar de despertar envidias como lo ilustra Fernando Vallejo con varias anécdotas.

Conquistados varios lectores con “La tristeza del camino”, aparece en Barranquilla (Rigoletto, 1907) *Campiña florida*, del cual dice Vallejo:

Pues bien, en la nueva obra de Arenales puede apreciarse cuánto ha ganado éste en poder de expresión, en facilidad para el corte del verso y aun para rimar. Toda una revelación. Alejandrinos vigorosos y de exquisita sonoridad. *Campiña florida* colocará a Arenales al lado de los poetas más vibradores de la América contemporánea y le abrirá las puertas de una envidiable celebridad.

Dos anotaciones a poemas que pertenecen al momento o “movimiento reyista opuesto a Madero”. Dice Fernando Vallejo que “Llego junto a los muros que circundan...” fue escrito en la Ciudad de México, en aquel momento cuando Ricardo Arenales participaba en tal movimiento. El comienzo del poema

⁹ *Barba Jacob, Poemas*, Procultura, Presidencia de la República, Nueva Biblioteca de Cultura, Bogotá, 1985. Una segunda edición, primera en México, fue editada por FCE en 2006: *Porfirio Barba Jacob, poesía completa*.

es revelador: “Llego junto a los muros que circundan / el reino de la muerte”. Al comentar las ideas filosóficas de Barba Jacob que preceden el poema “Canción de la vida profunda”, y después de citar un texto del poeta sobre el tema, comenta Vallejo: “He aquí enunciados en prosa, las ideas que animan el poema. Por lo demás, ya sabía muy bien el poeta, y lo anotaba en su artículo sobre De la Rosa, lo efectivas que podían ser en un poema las palabras esdrújulas, la frecuencia inquietadora del leiv-motiv, la música en sordina de los asonantes...”. Respecto a que la “Canción de la vida profunda” había sido “inspirada o copiada de un poema del libro *Au jardin de L’infante* de Albert Samain... es muy factible... nunca le importó la propiedad intelectual y hasta publicó versos ajenos o con su nombre”. Sin dejar de reconocer Vallejo que Barba Jacob conocía a Samain y a otros poetas franceses: a Verlaine, a Paul Fort, Maurice Vaucaire, Moréas, Rollinat, Chénier, Gabriel Sarrazin, Mallarmé, Éphraïm Mikhaél y Charles Guérin.

Comenta Fernando Vallejo que la “Canción ligera” publicada en *El Pueblo de México* (17 de abril de 1918) “estaba dedicado el poema al maestro Antonio Caso, el gran educador mexicano que vigorizó y animó los estudios filosóficos en su país, amigo de Ricardo Arenales desde los tiempos del Ateneo de la Juventud, de México, al que perteneció el poeta”. Antes la “Canción ligera” apareció en el *Diario del Salvador* (29 de septiembre de 1917) con el siguiente epígrafe de Anatole France: “El arte del escritor consiste en hacernos olvidar que empleamos palabras”.

El 1921 dedicó *Canción de la soledad* a su amigo Alfonso Reyes. Por los años 1911 o 1912 Alfonso Reyes le había dedicado a su amigo colombiano “Salutación al romero”. Antes de morir Porfirio Barba Jacob pidió a su viejo amigo que dijera unas palabras, ante su cadáver. Fue Alfonso Reyes uno de los oradores en el sepelio de Porfirio Barba Jacob.

El bello y sabio poema “Futuro”, que hace parte de *Canciones y elegías*, lo dedica al novelista mexicano José Martínez Sotomayor, “juez de distrito en Puebla donde poco antes de la aparición del libro se había hecho amigo del poeta”, comenta Fernando Vallejo.

“Elegía del marino ilusorio” apareció en el libro *Canciones y elegías* dedicado a Rosario Sansores, poetisa mexicana a quien Barba Jacob conoció en la Habana y “quien le atendía en su enfermedad en México por la fecha de publicación del libro”, señala el biógrafo.

El sabio y hermosísimo poema “Acuarimántima” lo escribió el poeta en varios momentos: la primera versión es de 1908; la segunda es del 6 de octubre de 1920. Cuenta Vallejo: “Obligado por las circunstancias (un oficial con revólver en la mano harto de sus

escándalos) Ricardo Arenales acababa de mudarse del Palacio de la Nunciatura al que bautizó ‘el potrero-hotelito’, al Hotel Nacional en la Ciudad de México”. Allí y entonces tuvo una de las grandes revelaciones de su vida, cito de tal texto unas frases:

Yo creo que las ligaduras del canto español no están en las estrofas ni en las palabras, sino en nuestra esclavitud a las relaciones lógicas. Nosotros enumeramos los principios del

conocimiento, pero no la afinidad, la virtualidad, el milagro de las melodías y de las ideas melódicas. De alas a alas, entre idea melódica y melodía pura, se tiende un velo irreductible a las palabras. Y como este es el reino de la vaguedad –Várgula– flota en él una infinita posibilidad de asociaciones por la sólo virtud musical. Basta oír la palabra Acuarimántima para asociarla a los viajes que hemos leído, a las mujeres de la Odisea, a las ciudades de Marco Polo, a las lagunas de los países que tocó Simbad, a las montañas nevadas que soñó Sir John de Mandeville. O bien sugiere la idea de ondin, de jóvenes mujeres cargadas con haces

ALFONSO REYES LE HABÍA DEDICADO A SU AMIGO COLOMBIANO “SALUTACIÓN AL ROMERO”. ANTES DE MORIR PORFIRIO BARBA JACOB PIDIÓ A SU VIEJO AMIGO QUE DIJERA UNAS PALABRAS, ANTE SU CADÁVER. FUE ALFONSO REYES UNO DE LOS ORADORES EN EL SEPELIO DE PORFIRIO BARBA JACOB.

de niños y lirios, de lluvias iluminadas por el sol... Yo empiezo a buscar mi libertad poética por la substituciones de las relaciones melódicas a las relaciones lógicas, y por el uso de la elipsis llevada a sus últimos límites.

Ante tales planteamientos comenta Vallejo: “Nuevos rumbos para su poesía, antes ni siquiera imaginados, surgían ante sus ojos por la obra y gracia de ‘Acuarimántima’, por el milagro de una palabra inventada”.

Al rededor del muy hermoso poema “Sueño de Acapulco” cuenta Fernando Vallejo la siguiente anécdota que no podemos eludir por su extrema significación:

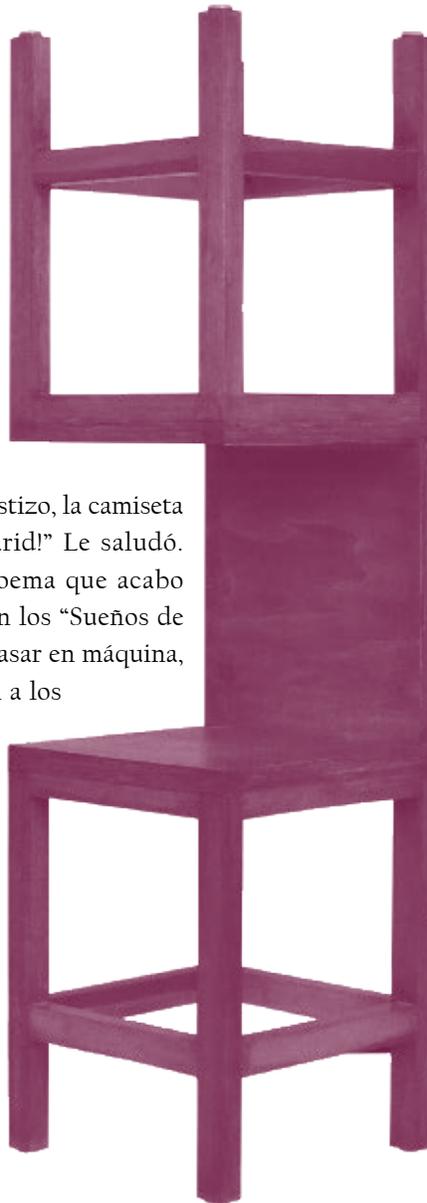
Una tarde de su juventud el periodista Alfredo Kawage Ramia llamó a la puerta del Hotel Pánuco de México, en el que vivía Barba Jacob (en Guerrero). El poeta le abrió en un estado de verdadera alucinación, tratando de presentarse lo más decorosamente posible, acomodándose los tirantes bajados, la pechera, el cuello postizo, la camiseta de mangas largas... “¡Hola, Farid!” Le saludó. “Quiero que me escuche el poema que acabo de componer” y le leyó al joven los “Sueños de Acapulco”, que terminaba de pasar en máquina, el joven, sin prestarle atención a los versos, le recriminó por el triste estado en que lo hallaba. Dice Kawage que Barba Jacob componía mentalmente, reproduciendo como los líricos de la Antología griega el zumbido de las abejas entre los dientes. En un esfuerzo de concentración iba acomodando primero el acento y sobre el acento las palabras, absorto en sí mismo. Venía primero el zumbido del ritmo y la música

del verso, luego la distribución de los acentos y por último la colocación de las palabras. Caso único en la lírica española, Barba Jacob alcanzaba así el dominio casi absoluto de la onomatopeya.

El poema “La casona” (México, abril-mayo, 1934) fue conservado en una copia mecanográfica por Heliodoro Valle que Fernando Vallejo conoció y transcribe la nota que lo acompaña, la cual dice:

Este poema fue escrito por encargo de una conocida casa bancaria de México, la cual tuvo a bien dar al autor la remuneración convenida por sus versos, pero no los halló apropiados para incluirlos en el programa de la fiesta con que se celebró el cincuentenario de su fundación. Barba Jacob da a conocer el poema en edición privada a algunos de sus más ilustres amigos, si no para deslumbrarlos con una maravilla –pues no se trata del canto a la alondra, de Shelley, ni de la oda a la muerte, de Francis Thompson, por ejemplo (y casi el tema no se prestaba para tanto)– al menos para que los altos jueces de las letras puedan darse cuenta de que este trabajo no es pueril, ni abstruso, ni abyecto, y de que posee la justeza formal y el decoro ideológico e imaginativo que siempre han sido considerados por los lectores cultos como condiciones indispensables de la verdadera expresión poética.

El otro trabajo significativo, antes de los de Fernando Vallejo, es el de Nazario Silva Silva, *Porfirio Barba Jacob: poeta del tiempo y del retorno* (1984). El Consejo Municipal de Santa Rosa de Osos, tierra natal de Miguel Ángel Osorio, convocó a un concurso sobre la vida y obra de Porfirio Barba Jacob. El premio lo mereció el trabajo



de investigación de Nazario Silva Silva, nacido en Garzón, Huila. Es un trabajo en el que no nos podemos detener, baste indicar que le dedica 37 páginas para destacar el empleo de sustantivos, verbos y adjetivos recurrentes del escritor, útiles para los estudios filológicos de la obra de poeta. Varias de sus consideraciones es necesario tenerlas en cuenta en un trabajo más amplio. Me he animado a escribir un trabajo sobre la Poética y poesía de Porfirio Barba Jacob. Amanecerá y veremos.

Pero regresemos brevemente al prosista, y nada mejor que con palabras de Fernando Vallejo. En *El Demócrata* escribió “reportajes espeluznantes sobre chinos poseídos por indecibles vicios chinos...” y en *El Mensajero*, “temas de toxicómanos”. Pero lo más preciso y claro que indica el escritor Fernando Vallejo es que en *El Mañana* opuesto a Madero se observa:

Arriba, a la izquierda, en primera plana, desde el primer número empezaron a aparecer los corrosivos, insolentes, insultantes editoriales de Arenales de oposición al gobierno. Una veintena alcanzó a escribir, formidables, como pocos se han escrito en el periodismo en este idioma, hasta que le agotó la paciencia al todopoderoso Secretario de Gobernación general Calles, el más connotado blanco de sus ataques.

Lo expulsaron y dijo al marcharse: “A mi podrán desterrarme de México, pero a México no lograrán desterrarlo de mí”. Afirma Fernando Vallejo refiriéndose a su escritura:

Ricardo Arenales periodista, y gran periodista entre los grandes del periodismo escrito en este idioma. Firmados o no firmados, para reconocer sus artículos da igual. Nadie en el periodismo mexicano escribía como él. Más aún: diría incluso que en el largo siglo que iba corrido de periodismo en lengua española sólo Mariano José Larra se le puede comparar. Ni siquiera Varona.

Más adelante observa:

Si se me permite en este punto de mi humilde narración mi humilde opinión, diría que Ricardo Arenales fue expulsado de México más que por su oposición al gobierno, por lo bien escritos de sus artículos: la lucidez de su inteligencia, la perfección de su prosa, la desmesura de su cinismo... Con él no sabían a qué atenerse.

De suerte que apenas se empieza a conocer al prosista y de mejor manera al poeta. De lo que se trata es de analizar sus obras en prosa y verso más allá de las simpatías y sobre todo superar la moralina que tanto ha impedido entender y descubrir sus aportes. ◆